

Nuestra página de honor: En la Ascensión: Fray LUIS DE LEÓN.-El sentido de lo justo en Lope de Vega: (continuación).-Historias fantásticas: El cráneo: José M.^o HERNÁNDEZ-RUBIO.-Soledad: José M.^o PEMÁN.-Estampa del siglo XIX: Eva CERVANTES.-Nostalgia: José M.^o HERNÁNDEZ-RUBIO.-Nostalgia: A Jorge Guillén: Francisco MONTERO GALVACHE.-La anunciación: Adriano DEL VALLE.-Pescador de Huelva...: Pragmacio SALGADO.-La novicia mira al mar: Juan de OYARZÁBAL.-Elegías: Juan RUIZ PEÑA.-Foto por Cecilio PANIAGUA.-A S. F. vate peruano: Rapsodia Valencia: Juan GARCÍA FAYOS.-Décimas: Encina y Pino: P. PÉREZ CLOTET.-El Otoño del poeta: Novela corta (continuación): P. MONTERO GALVACHE.-Bibliografía: J. RUIZ PEÑA.



Número 8

Febrero 1937



CHUCES

REVISTA LITERARIA

JEREZ

EDITADA POR:

FRANCISCO MONTERO GALVACHE
JOSÉ M. HERNÁNDEZ-RUBIO
PEDRO MONTERO GALVACHE

Ayuntamiento de Madrid

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y Estaño, montada con los adelantos más modernos de la técnica. - - - - -

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8.-T. 1928

FOTO ARTÍSTICA
PANIAGUA

José Antonio Primo de Rivera, 47. JEREZ

MANUEL FERNANDEZ Y C.^A, S. L.

ESPECIALIDADES: AMONTILLADO VICTORIA :-: COÑAC PLUS ULTRA
JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA

BAR

"Los Gabrieles"

Vinos y Coñacs

Lancería, 3. JEREZ

J. FIALLO

Trabajos fotográficos de todas clases.-La más visitada.
Taller para Aficionados.

Santa María, 15. JEREZ

E. RIVELOTT

Tapones CORONA

Precintaje en general

General Sánchez Mira, 25. JEREZ

¿Las mejores habitaciones?
¿La primera Cocina?
¿El mejor servicio?
¿El mayor esmero?
Todo el mundo lo dice:

NUEVO HOTEL
Angel Mayo, 23. - Teléfono 1879

Exquisita y única:

Cerveza LA CRUZ BLANCA

Siempre preferida del público

FÁBRICAS EN TODA ESPAÑA

EN CÁDIZ: "LA GADITANA"

Nuestra página de honor

En la Ascensión

¡Y dexas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto,
y tú rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro!

Los antes bienhadados,
y los agora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de Tí desposeídos,
¿a dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

Aqueste mar turbado,
¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
al viento fiero airado?
Estando tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! Nube envidiosa
aun de este breve gozo, ¿qué te aquexas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alexas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ¡ay!, nos dexas!

FRAY LUIS DE LEÓN

“El sentido de lo justo en Lope de Vega”

(Continuación)

Obsérvese que aun cuando el poeta nos presenta la justicia legal con tan escaso prestigio, trata de hacerlo como si no fuese una opinión suya, sino como una opinión vulgar que se limitaba a recoger; por eso usa las expresiones «dicen» y «llaman» que hacen referencia a los demás, y no al criterio suyo.

La prueba es que, a pesar de recoger este sentimiento popular de desconfianza, cuando habla por su cuenta, prefiere que la justicia en su aplicación tenga preestablecida una norma, porque «En lo que viene a ser arbitrio el gusto, no hay cosa más injusta que lo justo». (4)

Lo que pasa con Lope no es más que siente sobre sí esa repulsión tan tradicional de nuestro pueblo hacia los instrumentos de la justicia. Se siente y se reconoce la bondad de las leyes, pero se tiene poca confianza en su aplicación justa; seamos claros: la gente teme a la justicia curialesca. Y esta opinión la compartía Lope, según se desprende de uno de sus innumerables sonetos, en los que al final exclama:

«Oh justicia, oh verdad, oh virgen bella,—¿Cómo entre tantas manos y opiniones—Puedes llegar al tálamo doncella?».

Se ha culpado siempre a los abogados de perturbadores de la administración de justicia, de buscadores de litigios, hombres aviesos y enredadores capaces de vulnerar con subterfugios legales y habilidades leguleyescas los principios más puros de la justicia y de la razón; opinión compartida por personas tan eminentes como Vázquez Mella, que llegó en una disertación a decir que aunque abogado no había llegado a ejercer la profesión por su gran amor a la justicia (5); opinión notoria y amargamente injusta, porque como dice Minguijón han sido «indispensables los servicios de la noble profesión abogadil cuyas virtudes han podido dejar menor huella que sus defectos, porque la virtud es más callada que el desorden». (6)

Y aun Alfonso X en las Partidas—ese monumento legislativo, regulador minucioso de todas las relaciones jurídicas en España—dijo que «el oficio de los abogados es muy provechoso para ser mejor librados los pleitos y más en cierto». (7) Pero, en fin; no quiero continuar defendiendo los prestigios de la toga, porque pudiera parecer interesada esta defensa, y sobre interesada, con ciertos ribetes de parcialidad, porque según nos dice Lope de Vega

«El propio juicio es ciego;
nadie juzga bien de sí». (8)

Lo cierto es, volviendo a nuestro tema, que Lope siente amor por la justicia pura y respeto por la legal, quizás no tanto por convicción como por considerarlo propio de personas distinguidas, y por tal debía estimarse quien tuvo la debilidad de hacer pequeño su escudo a fuerza de meter castillos en él (hasta veintidós castillos con las armas de los Carpios); así lo debemos deducir cuando en «La Gatomaquia» nos dice que

.....«respetar a la justicia
de gente principal respeto sea,
y lo contrario bárbara malicia». (9)

Lo que pasa es que Lope conoce muy bien el corazón humano, porque Lope es el hombre que más ha vivido con el corazón, y sabe que los jueces son hombres y no ángeles, y por ello, pueden ser influidos por factores que tuerzan la vara de la justicia; ¿cuáles son esos factores?

El Fénix nos responde: «Notables partes para jueces, lascivia y codicia; las dos mayores que corrompen la justicia, donde tiene tercero lugar el miedo». (10)

Ah, pero si la justicia conserva su pureza, si no logran corromperla la lascivia, la codicia o el miedo, entonces ejerce su imperio tan íntegramente que a todos mide por igual y en todas partes hace sentir su eficacia

«Porque la recta justicia
cuando no atiende a cohechos,
tan presto al concejo vuelve
como sale del concejo». (11)

Es el mismo pensamiento expuesto por Zorrilla en su leyenda «El Cristo de la Vega»:

«La ley es ley para todos».

Pensamiento y criterio que se repite constantemente en nuestra literatura, de manera especial en el teatro clásico, acaso porque nuestros clásicos recogieron el pensamiento tradicional del pueblo español, pensamiento que tiene sus más hondas raíces en un recto sentido de la democracia, de una democracia tan verdadera que sin estar escrita en ninguna Constitución permitía que frente al Monarca de poder absoluto se alzase el pueblo por medio de sus Cortes, para decirle: «Nos que valemos tanto como vos, y todos juntos valemos más que vos» o supiese caer vencido en la rota de Villalar, poniendo aquél colofón tan típica y tradicionalmente español: «Ayer fué día de pelear como caballeros y hoy lo es de morir como cristianos».

Lope de Vega siente íntimamente unida la democracia a la justicia; así vemos con frecuencia en su teatro, llegar el pueblo fácilmente hasta los reyes absolutos en demanda de justicia, y obtenerla siempre cumplidamente, porque una de las características más salientes del teatro lopiano es el prestigio con que nos presenta la justicia real, como veremos.

No deja de ser interesante observar que las obras de Lope se hallan inspiradas en un recto sentido de la justicia, a pesar de que con la justicia tuvo algunas cuentas, como es también interesante observar que su producción está regida por un criterio moral severo. Ni por un momento asoma a sus obras algo que nos deje traslucir una defensa de las bajas pasiones, y tengo especial empeño en destacar este mérito de Lope, porque ya que se divulga su vida destacando siempre aquel vivir aventurado y aventurero, en el que ponen la nota violenta y acre multitud de amores ilícitos y tormentosos, yo creo que ha debido hacerse notar la profunda y radical separación que en el orden moral existe entre el escritor y el hombre. En Lope escritor, hay una gran limpieza moral; se ve que tiene conciencia de la responsabilidad de quien escribe para el público, y quien en el mundo de las letras logró esclavizar en sus manos el triunfo y el éxito, jamás pensó en utilizar su prestigio para justificar en sus obras su accidentado vivir.

(Se continuará)

HISTORIAS FANTASTICAS

EL CRANE O

Cuando pasé de los treinta años y miré al pasado me di cuenta, que durante la juventud y aún durante la niñez yo no había sido una persona normal. En la escuela no tuve apenas amigos y los pocos que tuve los perdí al salir de ella. Durante mis estudios universitarios pasaba todo el curso estudiando y casi desconocía las diversiones propias de todo estudiante.

Mi voluntad era rara y pasaba de una tenacidad rayana en la terquedad a la ligereza más ridícula y la caída a la menor tentación. Mi orgullo unido a mi temperamento nervioso, producían una irritabilidad sin límites cuando me contrariaban.

Estas directrices de mi carácter me llevaban a un aislamiento, que me hubiera forzado a amar la soledad, si no me hubiese gustado ya ésta, desde pequeño.

Terminada mi carrera de Filosofía y Bellas Artes no pensé ejercerla y me dediqué, en la casa de campo de mis padres, a la adquisición y estudio de obras de arte, y me pasaba los días en la biblioteca-museo, excelente ya en tiempo de mis abuelos y que yo había mejorado con valiosas aportaciones.

A la muerte de mis padres despedí a los criados y viví solo. Únicamente me acompañaba constantemente, mi fiel perro.

Me gustaba el campo; sobre todo cuando las fuerzas de la Naturaleza, se levantaban como si despertasen y parecía que la Tierra quería destruirse a sí misma, y recuerdo con gusto, las noches de tormenta, llenas de ruidos extraños, que acompañaban al monótono golpear del agua, contra los cristales del ventanal de la biblioteca, y la expresión de infinito terror de mi perro, cuando, sonando el trueno, buscaba refugio debajo de mi sillón. Paseaba a veces, y disfrutaba vagar como una sombra en la noche, por los páramos cercanos a mi finca y aún me aventuraba a llegar hasta las eercanías del pueblo, distante unas cinco millas.

No tenía apenas visitas. Sólo un amigo, también aficionado al Arte, a quien conocí en una de mis excursiones al pueblo en busca de antigüedades, iba a pasar algunos ratos a mi casa. Pero aunque al principio de nuestra amistad, se mostró amable y complaciente, a medida que hubo más confianza entre nosotros, fué haciéndose impertinente y llegué hasta tenerle antipatía, a causa de su desmedida manía de criticar todas mis opiniones y mis gustos y a querer tener siempre la razón en nuestras discusiones, que además siempre eran empezadas por él.

Mas todo se lo hubiera pasado, todo, menos aquella sonrisa irónica y quizás cínica con que terminaba sus impertinentes preguntas y sus triunfos en las discusiones. Yo veía cómo aquel hombre disfrutaba haciéndome sufrir, sobre todo, cuando era una materia en la cual demostraba mi falta de competencia.

¡Sí, sí; disfrutaba mis sufrimientos, mi rabia contenida, mi impotencia!

Hice muchas veces esfuerzos inauditos de voluntad, para no zandearle y golpearle, cuando me exasperaba con sus burlas. Llegué a tenerle odio, y cuando hablaba con él me ponía nervioso, me paseaba por el cuarto y me estremecía cuando veía su estúpida risa. Sus visitas llegaron a ser para mí, un verdadero suplicio, pero no me atrevía a romper con él, por ser el único amigo que tenía.

Una tarde amenazaba lluvia; estaba yo contemplando desde el ventanal de la

biblioteca, la salida de la luna que era ocultada a ratos, por las nubes bajas que velozmente se acumulaban en el cielo, cuando ví avanzar por el camino, la figura de mi odiado amigo.

Acababa yo de coger un libro sobre la pintura Flamenca, para pasar un rato leyendo. Llamó mi amigo a la puerta. Haciendo un esfuerzo, le abrí. Se acercó a mi mesa y dirigió una mirada al libro y seguidamente me miró a mí. Desde que entró se lo ví en los ojos; venía en plan de discutir.

No hicimos más que sentarnos, cuando comenzó a hacerme preguntas y a fastidiarme; todo en tono de suficiencia y queriéndome mostrar que yo no sabía absolutamente nada sobre pintura. Yo lo miraba y veía: ¡Sí! ¡Allí!; estaba viendo en su cara, la alegría que mi incompetencia en aquel asunto y mi disgusto le producían. Eso no lo pude aguantar. ¡Sí! ¡El sabía más que yo de aquello! ¡Me estaba humillando! ¡Veía su cara con la cínica sonrisa, llena de gozo con mi sufrimiento!

Me levanté lívido, paseé por el cuarto, pero cuando lo oí reírse a carcajadas, fuera de mí cogí el atizador de la chimenea y le golpeé el cráneo. ¡Sí, sí!! ¡El cráneo, el cráneo!

Cayó al suelo, lo arrastré, lo saqué al campo seguido por mi perro. Había empezado a llover y la luz tamizada de la luna a través de las nubes, daba a los objetos un tono impreciso. Brilló un relámpago, y poco después sonó un trueno. El perro se pegó a mis pies y yo seguí arrastrando el cuerpo. Me paré y comencé a cavar una fosa. ¡Porque lo había matado! Ya no latía su corazón, su corazón maldito. Ya no vería más su risa irónica.

Abrí el hoyo y metí el cuerpo. El perro seguía pegado a mis piernas, pero en el momento de echar el cuerpo en el hoyo se despegó de mí y se acercó al cadáver. En aquel momento brilló otro relámpago y ví allí la cara odiada. Su cara, con aquella risa horripilante, helada; los ojos abiertos y encima una masa informe de sangre todavía fresca y pelos. Y mirándolo, con los pelos de punta, los dientes fuera; horrible, espantoso, gruñendo de una manera aterradora que hizo acorde con el trueno que siguió al relámpago, mi perro, que poco después echó a correr hacia la casa; mientras yo quieto, frío, calado hasta los huesos, sin saber qué hacer ante la fosa, seguí viendo en la obscuridad durante un rato, aquella visión de ultramundo.

Pero al fin me repuse, y tapé la fosa, tan bien y con tal cuidado que nadie podría saber nada de lo que había ocurrido. Volví a casa, limpié todo perfectamente y al poco rato me acosté, con la seguridad que da la certeza de la impunidad.

Al día siguiente como era de esperar, llegaron a preguntar si había estado mi amigo en casa la noche anterior, y contesté que en efecto había estado pero que se marchó a la hora acostumbrada.

Como aquel día mi amigo había ido a pie, pues salió a dar un paseo y a la vuelta pasó por casa, no había peligro que hubiese dejado la caballería en que solía ir, y aunque se me hizo un interrogatorio y registraron toda la finca y alrededores, no se me probó nada, pues yo tuve buen cuidado de hacerlo todo bien y además la lluvia de la noche anterior, borró toda clase de huellas, por aquellos lugares.

.....

Al cabo de algún tiempo, y haciendo todo lo posible por ello, llegué casi a olvidar y me dediqué a mis aficiones de tal forma, que ninguna otra cosa me preocupaba.

Pero hacía ya, aproximadamente, dos años de la noche en que cometí el crimen, (casi sin acordarme ya de él ni haber ido desde entonces al lugar donde ente-

rré el cuerpo de mi víctima), cuando el tiempo comenzó a ponerse húmedo, y al cabo de unos días empezó a llover. No podía salir, tal era la violencia del viento y la torrencialidad de la lluvia, y pasaba el día en la biblioteca con mis estudios y el perro acostado cerca de mí.

Y una de aquellas noches, poco después de cenar, sentado delante de la chimenea, donde un buen fuego daba una agradable temperatura al cuarto, que contrastaba con la reinante en el exterior, un relámpago vino a alterar la obscuridad de la noche, e iluminó también el interior de la habitación en que me encontraba. Siguió un trueno, y en aquel momento un aullido horroroso, lleno de terror, lanzado por el perro, me hizo volver la cabeza. ¡Y lo ví, sí, horrible, como aquella noche, con los pelos de punta, los dientes fuera y los ojos brillantes, como una figura apocalíptica, iluminada por la luz vacilante y rojiza del fuego de la chimenea!

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, pero logré dominarme, aunque sólo un momento, pues el perro continuó en la misma actitud. Cada vez que un relámpago iluminaba la campiña, lanzaba aquel aullido que me helaba la sangre. Cerré las ventanas de madera, pero no conseguí nada, pues el perro al oír el trueno repetía el lamento. Irritado llevé al perro a otro cuarto y procuré tranquilizarme. Pero no, no podía; aquel bicho idiota repetía cada vez más fuerte, más lento, más horripilante, aquel aullido que me recordaba la risa horrorosa de aquella cabeza destrozada, llena de sangre y con los ojos fijos en mí.

Llevaba media hora en aquella situación insostenible, cuando una idea luminosa pasó por mi mente. Decidí matarlo. Así no me recordaría más mi asesinato. Cogí un grueso bastón con puño de hierro y me dirigí al cuarto donde lo tenía encerrado. Cuando me acerqué a la puerta, un sudor frío llenaba mi frente. Abrí después de un momento de duda, y allí en un rincón, con los ojos brillando en la semiobscuridad, los cuales fijó en mí, en cuanto entré, estaba el perro. Y cosa inaudita, mi perro que nunca se separaba de mí, gruñó y arrastrándose y como si quisiera morder, vino hacia mí y abriendo su boca enseñó sus dientes. Y yo ví, alucinado; lo ví allí: ¡Vivó! ¡No eran de perro, no; eran sus dientes, los de mi víctima!

Todo el valor se me fué; y loco con el pelo erizado corrí y salí al campo seguido por el perro, que gruñía queriendo alcanzarme. Guiado por una fuerza irresistible, e inconscientemente, corría hacia el lugar donde enterré a mi amigo y entonces, un relámpago iluminó el campo, y su luz blanca dió de lleno en un cráneo que reía.

No pude más, me paré, y caí desvanecido.

.....
Cuando desperté me encontré en mi casa, donde unos campesinos me habían trasladado y habían avisado a la policía.

El maldito perro que había desenterrado el día anterior, los restos de mi crimen, con el recuerdo que los relámpagos le trajeron, me había perdido.

José M.^a HERNÁNDEZ-RUBIO

1934.

Soledad

Soledad sabe una copla
que tiene su mismo nombre:
Soledad.

Tres renglones nada más:
tres arroyos de agua amarga,
que van, cantando, a la mar.

Copla tronchada, tu verso
primero, ¿dónde estará?

¿Qué jardinero loco,
con sus tijeras de plata
le cortó al ciprés la punta,
Soledad?

¿Qué ventolera de polvo
se te llevó la veleta,
Soledad?

¿O es que, por llegar más pronto,
te viniste sin sombrero,
Soledad?

Y total:

¿qué más dá?

Tres versos; ¿para qué más?

Si con tres sílabas basta
para decir el vacío

del alma, que está sin alma:
¡Soledad!

José M.^a PEMÁN

Estampa del siglo XIX

¡Nocturno de Chopin!
Una luz opalina
va envolviendo la estancia;
muere la hora en el atardecer!...

Pálida y bella
una mujer en la ventana
deshoja con sus dedos,
—trémulo el corazón—
una flor blanca!

Un jardín solitario tras los cristales
y, en él.
buscando nido con revuelos de ave
las dulces notas románticas...

¡Nocturno de Chopin!
Melodía.. voz del alma!

Muere la hora en el atardecer
y de unos ojos azules,
va cayendo
el diamante de una lágrima!

Nostalgia

Salinas de San Fernando,
Casitas blancas de Cádiz,
Tirad pronto de mis piernas
Y sacadme de este valle...
De éste valle seco y ocre.
Llevadme junto a las olas
Con su sal y su donaire.
Marineros de Sanlúcar,
Vendedores de caballas
De los Puertos,
Hacia la arena y las algas,
Tirad pronto de mi cuerpo...
Pues mi alma...
¡Esa está con vosotros
Hace tiempo!

José M.^a HERNÁNDEZ-RUBIO

Eva CERVANTES

Andalucía Alta 1934.

**CONZALEZ
BYASS
JEREZ**



TIO PEPE

Sol de Andalucía embotellado.

Jerez Gráfico 30349



LA BODEGA DEL TIO PEPE

VERDADERO SANTUARIO
DE LOS VINOS JEREZANOS

BODEGAS DE
González-Byass Jerez



LA UVA, convertida en mosto después del soleo, va a encerrarse en la bodega, donde con lento envejecer, espera el momento de salir al mundo a llevar la alegría del Sol de Andalucía embotellado.



●
ANTE la aparición de una botella de TIO PEPE, el COÑAC TRES COPAS, de GONZALEZ BYASS, forma en columna de honor.



Ayuntamiento de Madrid

Nostalgia

A Jorge Guillén.

Este silencio augusto de la noche,
que me duele en los ojos
con una triste inquietud de sufrimiento
sin flores ni caminos..

Este soñar sin fuerzas,
casi desnudo del dolor que aviva
los divinos afanes,
y este llorar, eternamente, el dulce
resbalar de sus lágrimas.

Ya está lejos de mí:
¿por qué, Señor, la vida se me escapa
de estos viejos caminos de la sangre,
y tengo tanto afán en confundirme
con las muertas estrellas?

La blanca lejanía
sin alma y sin dolor. Toda esta muerte
de recordar su voz y su mirada,
dentro de mí, como una red de llantos
que me abrasa los nervios y las horas.

FRANCISCO MONTERO GALVACHE
Ayuntamiento de Madrid

La anunciación

Los ángeles tocaban,
gozosos, sus salterios,
y el arpa de la lluvia
pulsó en su mano el viento.

San Gabriel Arcángel
ya viene descendiendo
del cielo a Nazareth,
al campo galileo.
Ingrávido, la tierra
depárale un sustento
y a sus pisadas nuevas
le ofrece un clima nuevo.
Le dan los buenos días
las flores de los huertos,
las ramas de los árboles
movidas por el céfiro.
Como sus alas tienen
raíces en el cielo,
la tierra más florida
le promete un destierro.
Como sus alas llegan
de un planetario inmenso,
la tierra más poblada
le parece un desierto.

Los pájaros se emboban,
revuelan para verlo;
se asoman a los ríos
estrellas y luceros.

Quiere volar el sapo
con las alas del cuervo,
su escala de Jacob
la yedra ofrece al trébol;
lirios y margaritas
quieren subir al cielo,
los peces y las ranas
quieren ir a su encuentro.
San Gabriel les dice:
—Esperad un momento—,
y todo el mundo queda
en Nazareth suspenso.

San Gabriel desciende,
apenas pisa el suelo;
sus alas va injertando
al aire nazareno.

Descubre allí a María,
en un rosol tendiendo
la ropa que empapara
sudor de carpintero.
Lavando está María
al pie de un arroyuelo;
el agua se perfuma
sólo al mojar sus dedos.
Si el corazón se afana
para regar el cuerpo,
no riega el de María
sino rubores bellos.

La Anunciación comienza
debajo de un almendro;
las flores, de rodillas,
asisten al Misterio.
¡Arrodilladas flores
de la mano del céfiro,
y arrodilladas nubes
en hombros de los vientos!

—Por ti vengo, María,
por ti bajé del cielo;
de tu vientre purísimo
ha de nacer el Verbo.
El río en estiaje
confía en sus veneros;
si por las nubes fuera
ya el río estaba seco.
Y un río de pureza
a ti baja del cielo
para inundar tu vientre
sin mancillar tu cuerpo. —

Se le anegó en pudores
castísimos el pecho,
y le brotó el aroma
de un puro pensamiento:
—Si se eligió ese vientre
con santidad de templo,
sin huellas de varones
nazca en el mío el Verbo...

Cielos de alfombras mágicas...
Davidicos salterios...
Sobre aljibes y dátiles,
sobre montes y pueblos,
cien nubes beduinas,
con gibas de camellos,
huyen de las cuadrigas
romanas de los vientos.

San Gabriel Arcángel
vuelve otra vez al cielo;
mil pájaros le escoltan,
de la paloma al cuervo,
con su escuadrón de alas
aún no cristiano, hebreo...

Los ángeles tocaban,
gozosos, sus salterios,
y el arpa de la lluvia
volvió a pulsar el viento.

Adriano DEL VALLE

(Este romancillo obtuvo el «Premio Sánchez Bedoya, 1933», discernido anualmente por la Academia Sevillana de Buenas Letras.)

Pescador de Huelva...

¡Qué brujas, son marinero
las tardes de nuestra Huelva
con su rumor perfumado
de sal, de yodo y arena
y un índice de aventuras
en las planas de las velas
donde los vientos escriben
sus canciones y sus penas!
Cuando se marchan los barcos
¡qué triste el puerto se queda
sin grupos de pescadores
ni estridencias de sirenas!
Sólo pisan el espacio,
las alas de las cigüeñas
que encima del monasterio
tienen su nido entre hiedras...
¡Qué brujas, son marinero
las tardes de nuestra Huelva
con su rumor perfumado
de sal, de yodo y arena
y el melancólico encanto
de la mocita morena
que viene a decirle adiós,
al amor que el puerto deja...
En altivas espadañas
la brisa el rosario reza
y entre sus manos de frío
las cuentas de luna tiemblan.
Rezan también las orillas,
marinerito de Huelva,
cuando en las crujientes tablas
de tu barca pobre y vieja,
te lanzas a la aventura
soñando en crecida pesca.
¡Ay qué valor tu valor
y qué gallarda tu gesta

en el cotidiano afán
de tus remos y tus velas
cuando en la negrura fría
de las hórridas tormentas
vences la lluvia y el viento
en tu barca pobre y vieja...!

Con verdad o con mentira,
por esas esquinas cuentan
una romántica historia
de tu vida marinera...

Me lo dijo una mocita
como un junco de canela
que llevaba en su mirada
el sueño de una promesa...

Dicen, que en las madrugadas
oyes cantos de sirenas
que te invitan a gozar
en sus palacios de perlas.
Que hay en sus labios marinos
un llanto de claveleras
y en sus cabellos de espuma
tentaciones de quimera...

Ten cuidado, pescador
que en el mar vives y sueñas
que es traidora la intención;
y cuando esto te suceda,
recoge la red preñada
izando al punto la vela;
santíguate santamente
y pon la proa hacia Huelva...

PRAGMACIO SALGADO

LA NOVICIA MIRA AL MAR

Sus ojos fueron azules.
Su cabello fué dorado.
Sus labios rojos tenían
un sabor de fruto amargo.

Recuerdos que se perdieron
en la blancura del claustro.
Todo blanco de inocencia.
Todo blanco, blanco, blanco.

Blancos son los surtidores
y los naranjos del patio.
Blancos los rezos ingénuos.
Blancos los cándidos hálitos.

Sus labios no buscan besos
porque dicen que es pecado
y en su vida blanca, blanca,
también son blancos sus labios
como sus ojos de cielo,
como sus dedos de nardo,
—palomas sobre el armónium—
Todo blanco, blanco, blanco.

Por las vidrieras se ven
blancas siluetas de barcos.
¡Si algunos de ellos volviese!
¡Si él no la hubiese olvidado!
Su almita entera, de pronto
se vuelca sobre el teclado
del armónium blanco y dulce
bajo sus dedos de nardo.

En las vidrieras subsisten
temblores de buques blancos.

.

Sus ojos fueron azules.
Su cabello fué dorado.

JUAN DE OYARZÁBAL

Elegías

I

Ligera y arisca, ibas...;
Los libros bajo el brazo,
En flor una sonrisa
De un infantil encanto;

Perdida en el estruendo
De la ciudad, buscando
En la activa memoria
El pronombre soñado.

¡Pequeñas trenzas negras!
¡Fecha y nombre evocado!
¡Oh tú, aérea música
Donde, en sueño, viajo!

Esfera misteriosa
Que el alma ha traspasado
En las nerviosas horas
De luminosos raptos.

II

Tal vez, alma curiosa,
Recordar no debieras
Su proceder extraño;
Pero sólo desliga
De la vida el momento
En que es aire la tierra.
Que de repente vuelve
Con el musgoso muro
La iluminada puerta
Del amor y el perfume.
Y el deslizarse sedoso
Del brazo, y las palabras
Tristes que me lanzaron
De su alcoba a la niebla...

JUAN RUIZ PEÑA

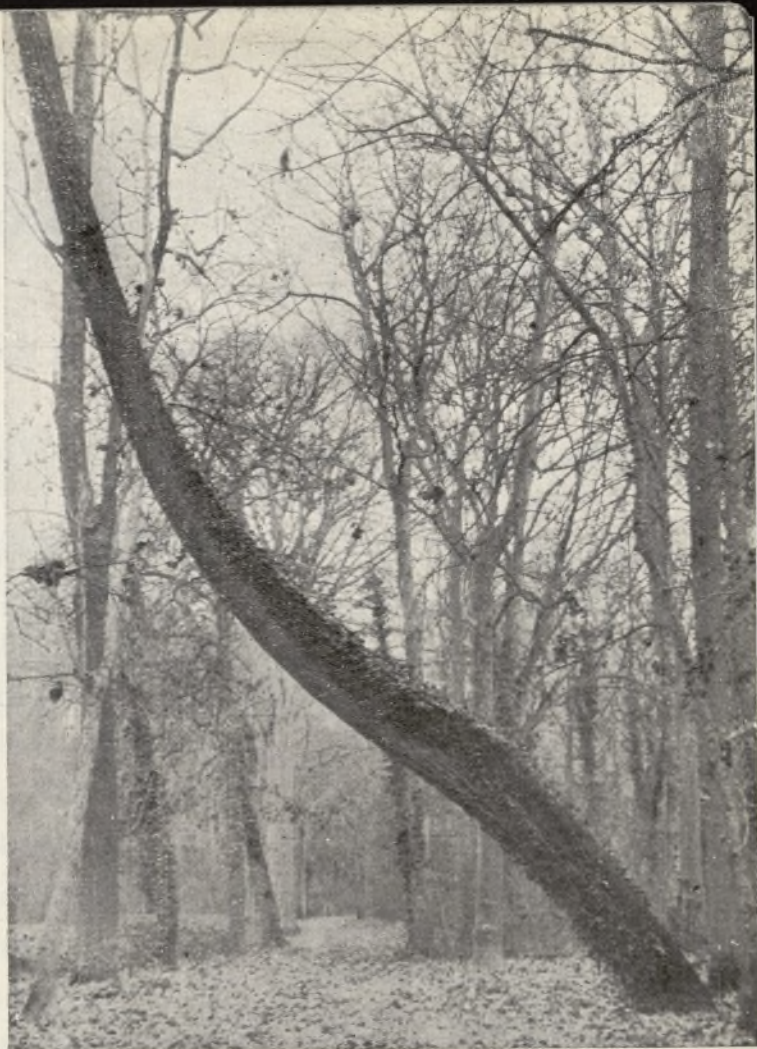


Foto por CECILIO PANIAGUA

A S. F. vate peruano

RAPSODIA VALENCIA

Ruben Darío, Nervo, Lugones...
la eterna gama de sus canciones
tus versos son.

Como la suya mi tierra de oro
de poesía guarda un tesoro,
de luz, de fuego, de amor... ¡mujeres!
Toda la gama de los placeres
del corazón.

Mi tierra es huerto de eternas flores,
de bruja luna, de trovadores,
de griego mar.

Por los turbantes de mis abuelos
sintieron locas arder en celos
las edetanas hijas de Alá.

Griega belleza mi valenciana
tiene en sus ojos castos de Diana
noches de plata, de luz selenia...
¡la luz que baña la griega Denial
Y entre naranjos adormecido,
narcotizado por el azahar,
de Ausias el alma en mi alma he sentido,
y amé a Teresa, amé...! el amar!

Amor que deja mi alma a jirones
cual la dejaba con sus canciones
el Trovador...

Flor de naranjos, risas de niña,
sangre que hierve por la campiña,
fecundo amor.

Desde lo oscuro de lo lejano
traza mi mano
su silueta...

La Cruz que guarda la barraqueta,
los timbaleros,
los dulzaineros,
la ardiente mora,
la labradora,
la soberana de mis vergeles,
la que al Himeto roba sus mieles,
la eterna Leda que el Cisne amó...
Todo lo guardo ¡tesoro santo!
Valencia adoro, Valencia canto.
Ella es mi Diana: su Pierrot, yo.

JUAN GARCÍA FAYOS,

Catedrático de Literatura
Director del Instituto de Jerez

Décimas

ENCINA

La encina en su temblor
de piedra, por la tarde.
Alto, violento alarde
de mensajera flor.
Mas su arisco color
pregona, deletrea
-elocuente librea-
su escultórico estío:
su contenido brío,
que ahondándose, se crea.

PINO

Ya este aroma de pino,
tan azul, tan profundo,
aroma en que me hundo
como en firme camino,
vuelve, celoso y trino
-luz, historia, pasión:
lumbre del corazón
perdido día a día-,
en delirante orgía
de fe contra razón.

P. PÉREZ CLOTET

El Otoño del poeta

Novela corta por PEDRO MONTERO GALVACHE

(Continuación)

Pasaron, lentamente, por entre los racimos de peregrinos, levantando, con su presencia, un revuelo de miradas disimuladas y de cuchicheos en voz sorda.

Javier buscaba con los ojos a Mari-Sol, pero en aquel maremagnum de hombres y mujeres, chiquillos y ancianos, la hermosa aldeana no aparecía.

El poeta llegó a impacientarse. ¿No le dijo la guardesa que asistiría a la fiesta con toda su prole? ¿Dónde estaba Mari-Sol?

El Cura le habló casi a gritos, para hacerse oír en el estrépito de coplas y charlas.

—Ahora va a empezar lo más interesante, aparte la procesión: los bailes, que solo se conocen en este escondrijo de Andalucía. Verán Vdes. cosa buena. Esto es admirable; arte purísimo...

Todos fueron agrupándose alrededor de una plazoleta, en cuyo centro, a la sombra de un castaño, centenario y frondoso, tomaron asiento los patriarcas del condado, los jueces inapelables del torneo de garbo y agilidad, que iba a celebrarse. El párroco fué invitado a presidir el jurado:

—A V. le corresponde el sitio de honor, señó Cura, —díjole uno de aquellos patriarcas, de venerable tez surcada de arrugas hondas, ojillos brillantes, manos sarmentosas, y talle delgado y alto, como el de los hidalgos del Greco.

Sentóse el Cura en medio de aquellos fiscales, sencillos y austeros, que imponían un poquitín de miedo a los bailarines. Benalgar y el Médico, rehuyeron acompañarle:

—Nosotros preferimos quedarnos aquí. Es la primera vez que asistimos a estos bailes, y queremos verlos de lejos. Así nos gustará más el conjunto.

Dió comienzo la danza. Las parejas, vestidas con los vistosos trajes regionales, bordaban, sobre el mantillo, fino y oscuro, de la campiña, las figuras airoas, repletas de distinción y garbo, que tenían mezcla de minué señorial y de aurreku aldeano.

Guitarras, laudes y crótalos, lanzaban al aire el coro triunfal de sus voces sonoras y dulzonas; y envueltos en el trueno de aquella sinfonía quejumbrosa y valiente, los danzarines se erguían, saltaban, doblaban la cintura, se buscaban, y al encontrarse, se huían...

—Todo ésto es algo ridículo, ¿no cree V.? ¡Parece mentira que estas gentes se pasen la mitad del año suspirando por la llegada de este día, y la otra mitad recordando lo que se divirtieron con esas contorsiones absurdas!...

Era el Médico rural quien se expresaba con aquella irreverencia, que indignó al poeta. Quizás pensara, que Benalgar, desde la cumbre de su fama de gran artista mundano, rico y aristócrata, no podía menos de contemplar con desprecio aquellos bailes antediluvianos.

—¿Ridículo, por qué? —preguntó, entre distraído y molesto. Al contrario; V. no sabe cómo me encantan estas viejas costumbres. Me traen evocación de otros tiempos mejores. Unos tiempos, en los que el hombre, por vivir más en contacto con la Naturaleza, era más libre y fuerte, más dueño de sí mismo. ¿No cree V.?

Una melancolía, amarga y honda, se desprendió de sus palabras. Sentíase triste, profundamente triste, abrumado por esa tristeza infinita de los desalientos invencibles.

—¿Conoce V. a aquella chica, que baila ahora, sola, ante el Jurado?—preguntó el médico,

con acento que a Javier se le antojó un poquitín irónico. Aquella de la blusa roja y la falda de faralaes de lunares...

Miró en la dirección que el muchacho le indicaba, y el corazón le dió un brinco de sorpresa y de susto. Era Mari-Sol. Entre las campesinas, rudas y macizas, que le rodeaban de pie, en semicírculo, delante de los patriarcas, la figura de la campesina parecía más delgada, más alta, más llena de armonía y elegancia. ¡Oh la euritmia de aquellos saltos rítmicos, de aquellos ceremoniosos esguinces, dignos de un rigodón señorial, que al doblar el cuerpo de la doncella, hacían más incitante y atrevido el encanto de las líneas estatuarias! Ya no bailaba sola. Junto a ella, un zagalón, vestido con chaquetilla ajustada y pantalón estrecho, de vivos colores, sonoro de botones y cadenillas plateados, hacía pareja con la aldeana, siguiendo los pasos de la danza. Una danza cadenciosa, dulce, como los ritos de bárbaras y sombrías religiones de pueblos feroces...

Cogió del brazo al Médico y le empujó hacia el corro.

—Le gusta la nena, ¿verdad? ¡Ya lo creo que le gustará! Vdes., los artistas, son así. Todo lo soñadores, todo lo idealistas y quiméricos que se quiera, pero muy poco amigos de perder el tiempo en lances de amor. ¡Ya me extrañaba su cariño por la Heredad de Lis! Muchas veces me dije: ¿Cómo es posible que un hombre, como el marqués de Benalgar, no se aburra en ese palacio, con aspecto de tumba? ¡Claro! ¡ya me lo voy explicando todo! En la Heredad de Lis, vive Mari-Sol, y no es raro que el palacio solitario y el parque dormido sean para V. el más bello paraíso del mundo.

Le aburría aquella charla. Sin hacer caso de ella, fué sorteando los grupos, hasta llegar a unos metros de Mari-Sol. Y ya cerca de la chiquilla, la contempló con una mirada tan larga, tan elocuente, que el Médico, sonriendo, creyó oportuno advertirle:

—Sea más discreto. No olvide que estas gentes son recelosas, y andan ya un tanto escamadas con la actitud que últimamente ha observado V. con Mari-Sol.

No hizo caso de la observación. Toda su alma, su vida entera, se concentraba en aquella criatura adorable, que a dos pasos de él, envuelta en una nube de telas multicolores, ensordecida por el clamor jaranero de los palillos, los laudes y las guitarras, era como una encarnación milagrosa de la Belleza, que él, —adorador fanático de la forma, buscador incansable de emociones voluptuosas y nuevas— amó siempre, con el entusiasmo del artista que pone en su obra sus más bellas ilusiones.

—Está bien, ¿eh? Como que si V. no anda más listo, de aquí en adelante me voy a decidir a ponerle los puntos. Hasta dos o tres meses le doy a V. de plazo. El tiempo que he de tardar en cansarme de la panadera de Cibre, que ahora me tiene de cabeza. Si V. la viera, se reiría de mí. Es una mula, pero hermosa y simpática. Hallo un no sé qué, en su brutalidad, en su zafiedad, que me atrae y me seduce. Ando por ella que chuto...

Siguió hablando en el argot canallesco de los señoritos achulados en los cabarets baratos y los cines sospechosos.

Javier no le oía. Le interesaba mucho más Mari-Sol; y más aún que ésta, su pareja. Un muchacho muy alto, de complexión recia, moreno, nervioso. Sus ojos oscuros, fulguraban, magníficos, al posarse en la frágil silueta de la aldeana; sus pómulos, aplanados; sus labios, rojos; sus dientes, grandes, blancos y desgarrados; sus facciones todas, tenían la belleza trágica y viril de los héroes malditos de Lord Byron. Al examinarlo detenidamente, Benalgar pensó en aquellos adolescentes que los poetas paganos coronaban de rosas, para sacrificarlos en honor de fanímédes.

—¿Quién es ese individuo? —interrogó, con voz ronca.

(Se continuará)

BIBLIOGRAFÍA

FRAY LUIS DE LEÓN: CANTAR DE CANTARES. EDICIÓN Y PRÓLOGO DE JORGE GUILLÉN.—Bella-mente editado: cubierta verde y letra de oro; blancas y gruesas páginas y letras de negro intenso, ha aparecido la traducción y paráfrasis del poema bíblico «Cantar de Cantares» de Salomón, que hizo el claro poeta de la palabra justa, el ardiente y luminoso Fray Luis de León. La edición pulcra, y la exquisita prosa del prólogo, se la debemos al autor de «Cántico», Jorge Guillén, alto y puro poeta. Difícil tarea era la del prologuista, no desmerecer del comentarista del texto, maestro maravilloso de la prosa poética. Y Jorge Guillén lo ha conseguido más que plenamente, tanto que su prosa aquí, iguala en ardorosa y exacta poesía, a su verso. Demostrémolo. Dice, por ejemplo, aludiendo a la historia del nacimiento del libro: «De esta suerte, en una atmósfera clara, limpios los ánimos, sin pequeñez ni gazmoñería, pudo ser presentado por un fraile a una monja el texto en que «con más fuerza y sentido» «se explica la pasión del amor».

Y en otro lugar: «Pero este mundo de amor posee un orden, su música. Hay que aprender a oírla». Y algo más abajo: «O lo que es igual: es posible entender el alboroto del corazón alegre si se descubre su sentido, su recóndita armonía». Y respecto a la dificultad del texto y Fray Luis: «Pues bien, él reconoce que hay misterio, pero no irreductible, no irracional. ¡Con qué ardor se lanza a descifrarlo! Es el ardor completo del ser. Cada triunfo constituirá el desenlace de un esfuerzo en que habrán participado las múltiples potencias. Y ese hombre íntegro ¿no será el dechado del poeta? Plenitud humana impone tensión poética». Y como juicio crítico del libro: «Y ateniéndose Fray Luis a la amplitud de la inspiración de los Libros Sagrados compone esta obra de jugosísimas, fresquísimas honduras y alturas primaverales». Y como finalización: ...«joven, pero ya dueño de sí mismo, Fray Luis de León inicia su prosa de poeta con este adorable, prodigioso cántico».

De ediciones de textos como este, con bien escritos y poéticos prólogos, está carente nuestra literatura. Y este es uno de los caminos a seguir para su engrandecimiento y difusión.

J. RUIZ PEÑA

Talleres Tipográficos

M. MARTIN

José S. Díez, 7. - Telf. 1259. - Jerez

Encargando sus trabajos a estos talleres, quedará Vd. satisfecho de la calidad y economía que encontrará en los mismos



Destilerías del Guadalete **R. H.**

Puerto de Santa María - Fábrica de Licores Superfinos

ESPECIALIDADES: Anís Rives - Ginebras - Crema de Mandarinas - Caña y Ron Genuino. - Curaçaos, Doble Color y Triple Seco. - Anisete Español.

APERITIVO X, Amargo, Tónico Aperitivo Genuino

ANTONIO BARBADILLO S. L.
VINOS FINOS

MANZANILLAS y AMONTILLADOS

Manzanilla «LA SIRENA»

SANLÚCAR DE BARRAMEDA

ANDALUCÍA-ESPAÑA

IMPERIAL TOLEDO

VINO DE HÉROES

González Byass :: Jerez

Pedro Domecq

Casa fundada en 1730

